

JESÚS ÁVILA GRANADOS

La confesión

El médico templario

Novela histórica



JESÚS ÁVILA GRANADOS

La confesión

El médico templario



 mágina

Octaedro 

Título: *La confesión. El médico templario*

Primera edición: febrero de 2016

© Jesús Ávila Granados

E-mail: jesusavilagranados@gmail.com

Web: www.jesusavilagranados.es

© De esta edición:

Editorial Octaedro Andalucía - Ediciones Mágina, S.L.

Pol. Ind. Virgen de las Nieves

Paseo del Lino, 6 – 18110 Las Gabias – Granada

Tel.: 958 553 324 – Fax: 958 553 307

magina@octaedro.com – octaedro@octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-943964-6-5

Depósito legal: GR 76-2016

Diseño y producción: Editorial Octaedro

Fotografías de la cubierta: 123RF y Archivo autor

Fotografías interior: Viquipedia y Archivo autor

Impresión: Press Line

Impreso en España – *Printed in Spain*

INTRODUCCIÓN

Antes de iniciar la descripción de la presente obra, quiero manifestar que la idea de recrear un personaje templario surgió en uno de los numerosos viajes que he hecho a mi querida Granada, concretamente visitando las ancestrales salinas de interior de La Malahá, población de la zona oriental de la Vega granadina, al descubrir una sepultura grabada en su losa superior con la cruz del Temple [*véase* lámina I], y también al ver algunas cruces de ocho beatitudes grabadas en puertas y fachadas de viviendas del pueblo de Albuñuelas. Esta singular tumba yace olvidada, entre bloques de sal recién salida de las albercas, y que nadie ha reclamado; por ello, mediante la creación de un personaje singular, irreal, yo he querido darle vida a la persona que en este enterramiento se despidió del mundo de los vivos y que, por diferentes azares de la vida, después de infinidad de aventuras, entre finales del siglo XIII y comienzos del XIV, se trasladó a la capital del antiguo Reino de Granada. La historia de este caballero templario es un cúmulo de experiencias vividas que va recordando, en el umbral de su muerte. Comienza a describir su periplo narrando en voz alta, a un amigo musulmán, cuanto ha vivido, y su cercanía con personajes y testimonios que han pasado a los anales de la historia del mundo medieval. Espero que el lector disfrute a través de las páginas de este libro, mientras se sumerge en unos hechos que le sobrecogerán el ánimo, a través de unos personajes que cabalgan entre la realidad y la ficción, pero que no dejarán a nadie indiferente.

Resulta paradójico, además, que ambas poblaciones –La Malahá y Albuñuelas– actualmente formen parte de una comarca granadina conocida como «El Temple»...; no existen las casualidades.



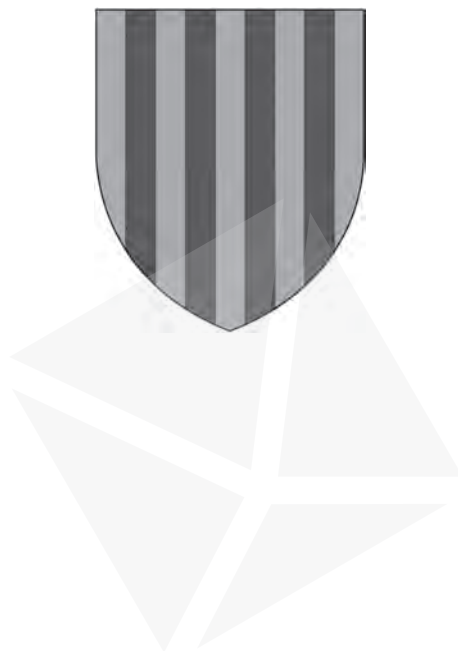
En el otoño de 1320, un año después de la clamorosa victoria nazarí en Sierra Elvira sobre los ejércitos castellanoleoneses, en la Vega granadina, la capital del último reino islámico de Occidente, se vivía uno de sus momentos históricos más dulces; muestras de felicidad plena contagiaban el ambiente de calles y plazas; arriba, en la Alhambra, para celebrarlo, frente a las torres de la Alcazaba se estaban terminando los trabajos de construcción de las puertas de *Alhamrá* y de Justicia; sobre esta última, además de la leyenda de la mano y de la llave, el ataúd del infante don Pedro, caído muerto en esa batalla, recordaba a los granadinos su victoria sobre los cristianos.

Al otro lado del profundo cauce del río Darro, en el arrabal del Albayzín, en un modesto *carmen*, un anciano, a sus 69 años, agonizaba, mientras contemplaba desde su lecho la atractiva silueta de la fortaleza roja, sobre un manto verde y con la Sierra Nevada como mágico telón de fondo.

Este hombre, con los ojos llenos de lágrimas, consciente de su inminente final, decide hacer un balance de su agitada existencia cuando recibe la visita de su buen amigo, el general nazarí Ozmán ben Abi-l-Ulá, el gran artífice de esa memorable batalla, ignorada prácticamente en las crónicas cristianas, que la citan someramente como «El Desastre de la Vega». Ambos comienzan una animada conversación, consciente el anciano de la proximidad a su final, ante la curiosa mirada de algunos servidores, quienes, con dolor y tristeza en sus rostros y a una distancia adecuada, guardan el mayor respeto. Ozmán saluda a su amigo, echado en la cama, y tras desprenderse del peso de la coraza, la espada, la daga y los brazaletes, se sienta en un diván próximo al lecho del anciano, quien manda encender unas velas perfumadas de jazmín y ordena que traigan una bandeja de frutas, dátiles, dulces y una copa de licor de arándanos.

I

En el Reino de Aragón



CAPÍTULO 1

La infancia

Cuando mi voz calle con la muerte, mi corazón te seguirá hablando.

RABINDRANATH TAGORE



–Quiero darte las gracias por encontrarte aquí, en mis últimos momentos en este mundo, amigo Ozmán, en vez de participar como principal protagonista de todos los festejos por la memorable victoria obtenida en la Vega.

–Una victoria que se ha logrado gracias, en gran parte, a ti, estimado amigo *romi*, por tus valiosos consejos en la plaza de *Bib-barrambla* sobre cómo debíamos de plantear la batalla. Además, toda Granada estará en deuda contigo por las numerosas y valiosas intervenciones médicas que has llevado a cabo en el Hospital del Maristán –exclamó el más célebre de los militares granadinos.

–Yo también he aprendido mucho en contacto con los ilustres médicos de Granada, y mi Dios ha querido que en esta lejana tierra del sur, tan lejos de mis orígenes, encuentre descanso mi cuerpo, y espero que también mi alma. Y me gustaría, estimado amigo musulmán, ser enterrado en La Malahá, junto a las salinas y las aguas termales del *hamman*, de cuyas bondades he disfrutado en tantas ocasiones.

–Así se hará, amigo Esteve, recibiréis una ceremonia cristiana, y procuraré grabar en vuestra lápida de mármol la cruz del Temple. Hace muchos años que nos conocemos, pero, curiosamente, apenas sé nada de ti.

–Os quedo muy agradecido. Es cierto, amigo Ozmán, pocas veces hemos hablado de mis raíces y de mi vida, y creo que

este sería el momento de hacerlo, antes de rendir cuentas a mi Dios.

Tras una ligera pausa e incorporándose un poco en la cama, apoyado sobre una almohada, el anciano, después de tomar un sorbo de agua de un vaso de cristal que tenía en la mesa, comenzó su narración.

—Aunque aquí, en estas tierras andalusíes del reino de Granada me conozcan como «El médico templario», o simplemente *romi*, mi verdadero nombre es Esteve de Montpalau. Nací en Argelaguer, pequeña población de la Garrotxa, al sur del Pirineo, en tierras catalanas, en el año de nuestro Señor Jesucristo de 1250. Hace pocos días tuve la dicha de cumplir sesenta y nueve años, una edad muy elevada, por lo que debo sentirme dichoso de que el Altísimo haya permitido que la alcanzase.

—Háblame de tu familia —se interesó Ozmán.

—Mi padre, el barón Roger de Montpalau fue el propietario de vastas extensiones de tierras de pastos y cultivos e innumerables propiedades que le proporcionaron abundantes beneficios, por lo que era un noble influyente en la corte del conde de Barcelona, el rey de Aragón Jaime I. Yo fui el benjamín de la familia, el menor de ocho hermanos. A los pocos días de nacer, fui bautizado en la capilla de Santa Magdalena, recibiendo el agua bendita que, según me dijeron, trajeron expresamente del río Jordán. Recuerdo vagamente mi infancia en el castillo de mi padre, donde pasé cortas estancias en las épocas estivales. La vida en la casa familiar era un poco rígida, especialmente por la severidad de mi progenitor, quien nos levantaba muy temprano y a cada uno, según la edad, nos adjudicaba una labor. Mi hermano mayor, Armengol, que sería el heredero, tenía mayores responsabilidades; otros se ocupaban de las cuadras, y de la doma de los caballos, o bien, las mujeres, de las tareas del castillo; yo, al ser el pequeño, también era el más mimado, y me podía permitir más tiempo de juego que los demás, practicando con el arco, u ojeando algunos libros de la biblioteca familiar; reconozco que los de medicina ya me llamaban la atención, y ese mundo fascinante que era la anatomía, y cómo el cuerpo humano se ofrecía sin secretos a mis ojos. Mi madre, Alamanda, fue una mujer virtuosa, tierna y ferviente religiosa, que influyó de manera decisiva en que yo,

el más pequeño, como mandaba la tradición, ingresara de muy joven en el monasterio benedictino de Ripoll para emprender la vida clerical.

–¿Ibas a ser monje? –preguntó el general granadino.

–Bueno, fue un ingreso eventual, en calidad de lego. Pero mi vocación era otra. Y recuerdo con diáfana claridad el momento en que, cuando cumplí los catorce años, comuniqué a mis progenitores mi intención de dejar los hábitos y la vida monacal.

–Fue, entonces, un acto valiente, para tu edad –exclamó Ozmán.

–Les dije, en voz muy baja, que no me atraía la vida monacal, tratando de evitar la furibunda mirada de mi padre e ignorando el fingido desmayo de mi madre. «¿Qué quieres hacer, entonces?», me preguntó mi padre, echando chispas por los ojos. «No lo sé, padre. Cualquier cosa, menos ser clérigo», contesté en un susurro, bajando la mirada con humildad y también porque estaba aterrado. Mi padre, furibundo, me amenazó: «¡No sé qué vamos a hacer contigo! ¡A mozo de cuadra te voy a meter; es lo que mereces!». Con la cabeza baja le contesté: «Lo que vos digáis, padre».

»Lo cierto es que, además de la medicina, me atraía la caballería. Siempre me quedaba embelesado con la doma, o con cualquier competición de armas.

–Los deseos de la juventud son puertas que se abren para el mañana... –dijo Ozmán.

–En efecto, no creo en las casualidades, amigo. Un día, trabajando en las cuadras como mozo, tal como ordenó mi padre, el capataz fue coceado por un nervioso alazán que le produjo una profunda brecha en el muslo, por la que asomaba un hueso astillado. El hombre se quejaba con agónicos gritos de dolor y por la herida manaba sangre profusamente, como si de un surtidor se tratara. Tomé una rápida decisión y, sin pensarlo un instante, puse la mano sobre aquel chorro de sangre, presionando fuertemente. Y eso fue lo que le salvó la vida, según me dijo después mi padre, muy orgulloso de mi gesta.

–Todo un acto de valor, por tu parte –comentó el nazarí.

–Aquella noche no pude conciliar el sueño; todavía notaba la calidez de la herida y el contacto de aquella sangre caliente y

pegajosa en mis manos. Sin embargo, en ningún momento sentí repulsión; al contrario, por vez primera experimenté la dulce sensación de haber salvado una vida. En ese momento tuve la revelación. A la mañana siguiente, cuando me hallé frente a mi progenitor, le dije con decisión y rotundidad: «Padre, quiero ser médico».

»Mis padres se miraron, como hechizados, y una sonrisa se dibujó en los labios de ambos, y vi cómo un par de lágrimas humedecían sus rostros. Yo permanecía hierático, seguro de aquella decisión. Tras meditarlo un momento, mi padre dijo: “Bien, sea pues. Irás a estudiar a *Vicus Ausonae*”. Y días después me encaminaba hacia esa populosa ciudad a estudiar medicina, en su célebre hospital, centro médico especializado en pestilentes y leprosos, por lo que mis primeros contactos con la medicina fueron precisamente las pruebas más duras para cualquier persona que deseara conocer los secretos de esta ciencia. Pero también me sirvieron para superar cualquier temor que pudiera albergar en mi interior a lo largo de mi vida.

ÍNDICE

Introducción	13
I. EN EL REINO DE ARAGÓN	15
Capítulo 1. La infancia	17
Capítulo 2. En la capital del condado de Osona	21
Capítulo 3. Mi vida en una leprosería	25
Capítulo 4. El morbo gaélico	31
Capítulo 5. La masía de Tavèrnoles	35
Capítulo 6. Los ritos de Satán	41
Capítulo 7. Amargo desengaño	47
Capítulo 8. Un burdel singular	53
Capítulo 9. La posada del Halcón	59
Capítulo 10. La inclusa	65
Capítulo 11. Ingreso en la Orden	69
Capítulo 12. La dualidad	78
Capítulo 13. Tierra Santa	81
Capítulo 14. El secreto	87
Capítulo 15. Otranto	90
Capítulo 16. La maldición	95
Capítulo 17. El Valle de los Recuerdos	100
Capítulo 18. La sala de los secretos	105
Capítulo 19. Almogávares	109
Capítulo 20. El sudario de Cristo	114
Capítulo 21. Llegada a la Ciutat	119
Capítulo 22. Diálogos con Ramón Llull	123
Capítulo 23. Los secretos de la montaña de Randa	128
Capítulo 24. La Almudaina	132
Capítulo 25. El sepelio del prior	138
Capítulo 26. El cuadrado mágico	141
Capítulo 27. Los misterios de Sant Pau del Camp	147
Capítulo 28. La encomienda de Palau-Solità i Plegamans	157

Capítulo 29. Regreso a casa	162
Capítulo 30. La reliquia	169
Capítulo 31. El Mal de los Ardientes	175
Capítulo 32. La cultura del azafrán	180
Capítulo 33. La fortaleza del Ebro	185
Capítulo 34. La muerte del obispo	193
Capítulo 35. La danza de los malditos	197
Capítulo 36. La amarga experiencia de Miravet	205
Capítulo 37. Envenenamiento	210
Capítulo 38. La comunidad judía	213
Capítulo 39. Enclave de culturas	221
Capítulo 40. Las cenizas del terror	228
Capítulo 41. Santa Pau	232
Capítulo 42. La venganza	239
Capítulo 43. Despedidas	244
Capítulo 44. Un arriesgado viaje	248
Capítulo 45. Las pasiones del alma	252
II. EN EL REINO DE GRANADA	255
Capítulo 46. Amargos momentos	257
Capítulo 47. La visión	262
Capítulo 48. Revelaciones oníricas	264
Capítulo 49. La traición	270
Capítulo 50. El registro	274
Capítulo 51. El asedio	280
Capítulo 52. El rapto	286
Capítulo 53. El fuego ardiente	292
Capítulo 54. El cristiano	297
Capítulo 55. La muladí	303
Capítulo 56. El encuentro	308
Capítulo 57. Inicios de la tragedia	311
Capítulo 58. El Desastre de la Vega	315
Agradecimientos	321
Bibliografía	323
Glosario de términos	325
Índice de nombres	333
Índice de lugares	343



Lápida templaria encontrada en las salinas de La Malahá, en la Vega de Granada. Foto: Maurici Arderiu.

La confesión es un libro que, en forma de novela histórica, nos muestra los aspectos más contradictorios de la Edad Media. Cuando el mundo occidental se derrumbaba con la caída del Temple, un personaje de ficción, nacido en tierras catalanas, se convierte en protagonista de una historia sobrecogedora: desde su lecho de muerte inicia la narración de su azarosa vida, en forma de confesión a un amigo musulmán de Granada, siguiendo un orden cronológico de los acontecimientos.

A medida que va explicando su relato, se van sucediendo uno tras otro los momentos más desgarradores a través de una serie de vivencias. Y es cuando el lector toma conciencia de la fuerza de los sentimientos, de la dureza de las traiciones, de la crudeza de los miedos y desamparos y de la precariedad de la vida humana, cuando nuestro protagonista, médico de profesión, tiene que luchar con su ciencia para salvar a numerosas personas de enfermedades o heridas en combate, poniendo en riesgo, en muchos casos, su propia seguridad.

Este personaje, que narra su historia en primera persona, es, además, caballero templario, y su ingreso y desarrollo en la Orden del Temple es explicado con todo lujo de detalles, desde su iniciación como postulante hasta la confirmación como caballero, en la encomienda de la Ciudad Condal. Por ello, gracias a su condición de médico y de caballero templario, conoce a innumerables personajes coetáneos a él, que formaron parte de un mundo convulso, donde la fuerza de los valores contrasta con las debilidades de la miseria humana. Pero, por encima de todo, late la fuerza de la lealtad, el respeto y el afecto entre las personas, y se superan las barreras de las culturas, las religiones y los pensamientos filosóficos de la época.

En *La confesión*, el lector tiene que estar preparado para culminar una serie de difíciles pruebas, a las que se verá sometido en el libro, para alcanzar un final sorprendente.

Espero, de todo corazón, que disfrutéis leyendo esta obra, y que, gracias a ella, podáis llegar a tener un juicio de valor más exacto de la historia del mundo occidental en el otoño medieval.

JESÚS ÁVILA GRANADOS